

CASALS, MARCELO (2023). CONTRARREVOLUCIÓN, COLABORACIONISMO Y PROTESTA. LA CLASE MEDIA CHILENA Y LA DICTADURA MILITAR. SANTIAGO DE CHILE, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, 374 PGS.

Rodrigo Rampoldi González¹

Centro de Estudios Interdisciplinarios Uruguayos
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República, Uruguay
DOI: <https://doi.org/10.59842/17.2.2511>

El pasado año 2023, al igual que en Uruguay, se conmemoraron 50 años del golpe de Estado en Chile y el inicio de una dictadura militar que, en tal caso, se extendió por casi 17 años. En ese marco, cargado de actividades conmemorativas que invitaron al intercambio y la reflexión desde distintos campos, el historiador chileno Marcelo Casals presentó un libro fundamental que no solo contribuye al debate historiográfico de su país, sino que resulta un aporte significativo a los estudios sobre los pasados recientes latinoamericanos, especialmente de las experiencias sociales en las dictaduras en el marco de la Guerra Fría.

Producto de su tesis doctoral en Historia, desarrollada en la Universidad de Wisconsin-Madison, en Estados Unidos, bajo la dirección de Steve Stern, Casals aborda la historia reciente chilena a través de un actor clave: la clase media. Para el autor, esta categoría que resulta heterogénea y confusa, a la vez de dinámica y disputada, no se presenta en relación a identificaciones con actividades y funciones económicas, como bien puede ser la *clase obrera* o *propietaria*, sino que es tomada como “una metáfora de la sociedad que se representa como si tuviera volumen y en la cual pudiésemos distinguir un segmento intermedio con características propias” (p. 28). Esta categorización propuesta por Casals, que parte de una crítica profunda a diversos

¹ Licenciado en Historia, rodrigorampoldi@gmail.com

enfoques de las ciencias sociales que han trabajado sobre la clase media, toma y revaloriza una dimensión más histórica de la misma como un ideal social. En efecto, coloca el acento en la “presencia verificable de un conjunto heterogéneo de sujetos que por diferentes motivos aspiran a ser reconocidos como tales [compartiendo] un lugar imaginario e históricamente situado, base a su vez de demandas en torno a determinadas condiciones materiales consideradas como necesarias para habitar esa posición social” (p. 29). Es decir, en el libro se transita por una clase media en un contexto determinado y representativo del mismo, identificando comportamientos, actitudes, condiciones y exigencias normativas que determinan su reconocimiento como tal y posibilitan su participación política.

Metodológicamente, el abordaje de la clase media, el autor la presenta a través de un estudio minucioso, profundo y detallado de diversas organizaciones cuyas demandas se identificaban dentro del universo mesocrático (organizaciones que nucleaban abogados, contadores, docentes, enfermeras, médicos, periodistas, ingenieros, comerciantes, constructores, industriales, transportistas y hasta algunas logias masónicas, son parte de su estudio). A través de las acciones de estas organizaciones, el libro reconstruye proyectos, alianzas, fracturas y reorganizaciones buscando comprender cómo fue posible un desplazamiento de las mismas desde un bloque contrarrevolucionario, fundamental entre 1972 y 1973 para el derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular, hacia una oposición de masas que demandaba a la dictadura el retorno a la democracia en los años ochenta.

El argumento explicativo se centra en mostrar cómo estas organizaciones habían conformado el bloque contrarrevolucionario, mucho más amplio, derivado de clausuras por parte del gobierno de Salvador Allende a una serie de espacios de negociación y participación, dentro del Estado, que la clase media había construido y gozado desde los años treinta. En efecto, para la clase media chilena, en un escenario de alto conflicto y polarización social y política, “estos grupos vieron en la izquierda en el poder una amenaza directa a su condición mesocrática, a las jerarquías sociales que la sostenían y, en términos generales, a las formas republicanas y civilizadas de convivencia” (pp. 17-18). El reclamo a la intervención militar fue interpretado por estos grupos como una

oportunidad de reorganización y encauzamiento, lo cual fue percibido como tal durante los primeros años de dictadura. Y es que en esos primeros años estas organizaciones mesocráticas tuvieron acceso directo a las nuevas autoridades dictatoriales, donde pudieron recomponer en gran medida sus canales de participación y demandas sectoriales. No obstante, esta *luna de miel* se fue disipando a mediados de los años setenta cuando, en su afán reorganizador autoritario y sus diversos proyectos de modernización social, económica y política, los mandos militares y civiles fueron introduciendo y desplegando proyectos que fueron cambiando las reglas de juego, desplazando a la clase media de esos privilegios de participación y negociación, además del deterioro de su autonomía y condiciones económicas, a partir de principios ideológicos monetaristas (*neoliberales*). A través del tránsito no exento de conflictos internos, las organizaciones de clase media fueron construyendo una “oposición moral” que fue incorporando el lenguaje de los Derechos Humanos y principios democráticos, determinando su participación, no siempre protagónica, en el ciclo de protestas sociales de los años ochenta como forma de oposición al régimen dictatorial.

Sin embargo, el autor le insiste al lector que se trata de un estudio de una serie de organizaciones representativas de la clase media, pero sus experiencias no pueden ser tomadas en su totalidad. Naturalmente, no todas aquellas personas u organizaciones que se identificaban con la clase media compartieron estos tránsitos políticos durante los años estudiados. Como el mismo autor sintetiza hacia el final de la obra: “que la clase media organizada reconozca en términos generales la trayectoria desde la contrarrevolución de mesas, el colaboracionismo con la dictadura y la lucha por la democracia, no quiere decir que todos aquellos sujetos identificados como parte de la clase media sufrieron esos desplazamientos” (pp. 343-344). En efecto, durante esos años en Chile, existieron organizaciones mesocráticas que permanecieron, hasta el último momento, fieles al gobierno de la Unidad Popular, sufriendo en carne propia las consecuencias represivas de dicha lealtad durante la dictadura. Pero también, durante las transformaciones de las organizaciones representativas de la clase media en los años ochenta que determinaron la conformación de un frente de masas opositor, otras

permanecieron en el apoyo y la colaboración ofreciendo sustento social al régimen autoritario.

El libro se estructura con una introducción, una conclusión y seis capítulos. En la introducción, el autor presenta el tema, construye su campo, presenta las fuentes y metodologías, así como las claves conceptuales que serán fundamentales para el tránsito del mismo. Hace hincapié en tratar sus principales preocupaciones y argumentar la importancia de la clase media como un actor social e histórico relevante. Desde el inicio, plasma la ausencia de estudios que transiten estas experiencias sociales del autoritarismo, muchas veces veladas por enfoques estructurales que desdibujan a determinados actores sociales como la clase media.

El capítulo I, denominado “La insurrección de la clase media”, Casals se centra en el gobierno de la Unidad Popular presidido por Salvador Allende (1970-1973) y la radicalización de la clase media desplazada hacia el bloque contrarrevolucionario. Parte desde ciertas expectativas de estas organizaciones mesocráticas con el gobierno de la UP, que rápidamente desaparecen en una marcha a contrapelo en el afán transformador. Desde allí explica cómo estas organizaciones conformaron sus alianzas dentro del bloque contrarrevolucionario, describe su protagonismo en el escenario de disputa conceptual con las izquierdas, así como su participación en acciones trascendentes en el debilitamiento del gobierno, como el *paro de camioneros* de octubre de 1972, punto de inflexión en la radicalización de la clase media. Si bien fueron las Fuerzas Armadas las protagonistas de la conspiración que derrocó el gobierno de Allende, las condiciones sociales y políticas fueron presentadas por ese bloque contrarrevolucionario, donde la intervención militar del 11 de setiembre de 1973 fue recibida con gran expectativa.

El segundo capítulo, bajo el título “Aplaudiendo a los vencedores”, se trabaja durante los tres primeros años de la dictadura encabezada por Augusto Pinochet donde se visualiza al golpe militar como un acto de “salvación” a las transformaciones socialistas. En este sentido, Casals explica que para estas organizaciones dicha “salvación” había sido posible gracias a la oposición al gobierno derrocado, el golpe fue entendido como un triunfo propio. Todo ello redundó [agrega] en una *sincronización* -es

decir, una sinergia e identificación colectiva- de estos grupos con la naciente dictadura” (p. 91). Desde allí transita por diversas experiencias de acercamiento, colaboración y el desarrollo de un lenguaje simbólico compartido, que daba sustento social al nuevo orden autoritario. Despreocupados por el despliegue represivo, justificado o tolerado en todo momento por los principales referentes, las organizaciones mesocráticas colaboraron a través de diversos rituales en la construcción de un imaginario de *normalidad*, reorganización y encauzamiento del país, clave en esos primeros años de dictadura.

El capítulo III “Colaborando con el nuevo orden” continúa abordando los primeros años de *luna de miel* entre estas organizaciones de clase media con la dictadura. En el mismo, se trabaja sobre la reapertura de esos espacios de negociación y participación política de la clase media con el Estado. En este sentido, el autor expone que “las organizaciones mesocráticas pudieron negociar directamente con el régimen algunos aspectos concernientes a sus respectivas áreas de influencia.” Con sus limitaciones derivadas de las urgencias del contexto, que entre otros elementos exigió a la identificación explícita con el orden autoritario, el retorno a los espacios de negociación y participación “fue experimentada como una reapertura del Estado a las demandas de estos grupos, luego de su clausura bajo la Unidad Popular” (p. 149). Por otro lado, en este capítulo se destacan las acciones más directas con el fin de respaldar el nuevo orden autoritario, como por ejemplo las acciones de estas organizaciones en el plano internacional como contrapunto a las denuncias sobre profundas violaciones a los derechos humanos, en lo que respecta, a la denominada *campaña antichilena*.

El capítulo IV “Del Estado al mercado” abandona el análisis de esos primeros años de *luna de miel* para centrarse en la segunda mitad de los años setenta. Allí aborda una serie de transformaciones en las relaciones entre el Estado y estas organizaciones a partir de la implementación de recetas de corte monetaristas, que van a ser definidas por estos actores de manera peyorativa como de corte *neoliberal* encabezada por los *Chicago Boys*. Estas transformaciones, que tuvieron su punto de partido en 1975 con el *boom económico* de apertura del mercado, y el paulatino repliegue del Estado en áreas fundamentales, fue precarizando las propias condiciones materiales de la clase media a

la vez que fue cerrando canales de participación y negociación con el propio Estado. En este sentido, la incorporación de estas transformaciones evidenciaba que a los “ojos de las autoridades militares, en el nuevo orden de cosas parecía no ser necesario someter a discusión y negociación todas aquellas medidas sectoriales que afectaran a gremios y otras organizaciones sociales, dado que ahora sería el mercado el que resolvería esas disputas de forma autónoma” (p. 180). En efecto, este capítulo aparece como quiebre entre el desarrollo de un frente contrarrevolucionario y el tránsito hacia una oposición democrática posterior. Casals insiste que, si bien a partir de aquí hay un viraje de las posiciones políticas de las organizaciones mesocráticas, este no fue vertiginoso ni inmediato. El trauma del gobierno de la Unidad Popular sumado a la proliferación de un anticomunismo acentuado dentro de la clase media chilena, como también el aumento de las capacidades de consumo y crédito de estos sectores, explican que este cambio no se presentara de forma inmediata, aunque el escenario cambiaría a partir de la crisis económica de los años ochenta.

El capítulo V “La clase media y *la oposición moral*” aborda el distanciamiento que van tomando algunas organizaciones representativas de la clase, mientras otras se mantienen en plena adhesión al régimen autoritario. Siguiendo los planteos conceptuales de Patricia Lowden, define a este distanciamiento como *oposición moral* entendiéndolo como aquellas “prácticas persuasivas de denuncia no explícitamente políticas que apuntaban a los aspectos más problemáticos del régimen para fundamentar allí los esfuerzos por organizar y movilizar ciudadanos atemorizados por el autoritarismo militar” (p. 227). La incorporación del discurso de los Derechos Humanos, así como la emergencia de una nueva intelectualidad mesocrática que se expresará, fundamentalmente, a través de revistas de oposición, serán clave para explicar la consolidación de este desplazamiento, que tendrá su punto crítico en la crisis económica de inicios de la década de 1980.

Finalmente, en el capítulo VI, denominado “La clase media democrática”, se trabaja con la toma de definiciones de estas organizaciones en la oposición más decidida al régimen autoritario, un camino cargado de contradicciones y profundos conflictos. De esta forma, analiza a las mismas en otro escenario de alianzas y participación política y

social: el ciclo de protestas sociales iniciado en 1983. Casals analiza el rol no siempre protagónico de estas organizaciones en las movilizaciones de masas antidictatoriales, nuevos tejidos de alianzas con actores que iban (re)surgiendo en estos escenarios, como los alcances y limitantes de un programa de apertura democrática. Presta especial atención a la Asamblea Nacional de la Civilidad de 1986, donde la clase media jugó un papel clave.

La pertinencia de este nuevo libro de Marcelo Casals, que es propio de un itinerario académico del historiador, pone de manifiesto una serie de experiencias, no siempre estudiadas, de los procesos sociales durante el autoritarismo. Muestra, con gran claridad y solvencia, que estas *experiencias sociales* ponen de manifiesto una serie de estrategias, expectativas y cambios que no se relacionan únicamente con las formas de gobierno, o el tránsito de una u otra, sino que evidencian las capacidades de los individuos y grupos por generar experiencias a partir de sus identidades como clase, aunque sea en un orden simbólico. Pero además, en el debate historiográfico sobre los comportamientos y actitudes sociales durante estos procesos autoritarios en América Latina, Casals pone el foco en lo cambiante y dinámico de los mismos. No se reduce a una mirada dicotómica o binaria entre consenso y disenso, entre apoyo y resistencia, sino que devela la movilidad de cómo las personas enfrentan sus contextos, a partir de necesidad y exigencias que son propias de la vida cotidiana de los colectivos, y que esas fronteras no son siempre claras, sino difusas y permeables. El libro invita a repensar estos asuntos, superando miradas teleológicas que colocan a estos procesos autoritarios como elementos exógenos a la sociedad, como callejones sin salidas impuestos *desde arriba*. Por el contrario, a través de su abordaje sobre la experiencia de la clase media chilena, el libro pone el foco en la contrarrevolución *desde abajo*, o no *desde arriba*, evidenciado que las dictaduras latinoamericanas de los setenta también fueron parte de programas sociales. De esta forma, Casals complejiza nuestras comprensiones e ideas ensanchando del debate sobre los conflictos en el pasado reciente y presenta un aporte fundamental que sigue en la renovación de un campo sobre el pasado reciente en permanente construcción

